

Alias 'Galgo'

Dan Infante

[Categoría: Relato]

“El éxito no es el final, el fracaso no es fatal; es el coraje de continuar lo que cuenta”

(Winston Churchill)

“¿Se ha resuelto ya lo tuyo, eso que me comentaste hace unos meses?” Víctor se seca la frente con la manga de la sudadera del Club de Atletismo Popular. Mochila al hombro, baja la mirada sin ofrecer respuesta y la pregunta de su entrenador queda flotando en el aire. “Vale. Si no quieres hablar de ello, chaval, no te preocupes. Oye, el miércoles te quiero aquí en el polideportivo a las cinco y media, venga, y sé puntual”. Palmadita en el brazo, sonrisa amplia de instructor con tablas capaz de infundir confianza a jóvenes deportistas.

De regreso a casa, Víctor se detiene en la Avenida de Mijas frente al portal de su amigo Lince y toca el timbre del inmueble. Lince, cuyo nombre de pila es Esteban, es un chico rechoncho con ojos de miope que asoma su rostro por la ventana. “¿Estás estudiando?”, le grita Víctor desde la acera. El otro niega la cabeza: “Vente a echar una partida. Mis padres no han llegado todavía”. La puerta cede con facilidad, Víctor sube los escalones de dos en dos. En el rellano le espera su amigo, el *rarito* de la clase, el empollón que casi siempre está en la inopia, cierto, pero quizá el mejor amigo que tiene. A veces Víctor cree que sigue asistiendo a las clases de ese dichoso instituto de secundaria solo por Lince. Y porque le obligan los abuelos. “Odio los lunes”, suspira Víctor dejando la mochila encima de la cama de Esteban. “Siempre dices lo mismo, Galgo”, el amigo le hace sitio frente a una pantalla del ordenador. “Es que los lunes son odiosos, ¿no te parece?” Víctor está convencido de que, si no fuera por los entrenamientos en el club, todos los lunes resultarían insoportables. Para el larguirucho Víctor, alias “Galgo”, el atletismo es una necesidad tan apremiante como lo es para su amigo Lince zambullirse en sus libros de mineralogía y de astronomía. Un alumno ejemplar este Lince, algo rebuscado y cursi, a ratos exasperante en las clases siempre con el brazo en alto, pero buen chico. Todo lo sabe, todo lo pregunta y cualquier tema le interesa. Esto es algo que a Víctor le admira. “¿Has mejorado marca en vallas?”, se interesa Lince manipulando unos cables. “Hoy no tenía fuerza en las piernas”, responde un Víctor desgano. “¿No estarías pensando en esa, vaya, en la chica esa de la parroquia, la que canta en las catequesis y en las comuniones?”, la mirada miope de Lince se posa en el amigo. Víctor le arrebató el mando de la Play con gesto brusco: “No tiene nada que ver, no digas chorradas. Venga, vamos a jugar”. “¿Has empezado a estudiar para el examen del jueves, Galgo?”, llegado este punto, Lince resulta ya cargante. “Pschéé”, se evade Víctor apuntando a un zombi en la pantalla y haciéndose el loco.

Avanza la tarde y Víctor se despide apresuradamente cuando la madre de Esteban se presenta en la habitación taconeando: “Hola, chiquillos, ¿habéis merendado algo?” Víctor agradece las reiteradas invitaciones de la madre, que le ofrece un bocadillo de fiambre, pero los abuelos

tienen por costumbre cenar temprano, así que se tiene que marchar de inmediato. “Nos vemos mañana en el *insti*, Galgo”, Lince le despide desde la ventana.

Cruza la autovía de camino a casa de los abuelos cuando Víctor advierte que tiene la boca seca y que ha olvidado su botella de agua en los vestuarios del polideportivo, así que decide entrar en el bar de la esquina para pedir una lata de Coca-Cola. Pone un euro sobre la barra cuando un hombre que está apoyado en la máquina tragaperras le saluda: “Hola, Víctor”. Lata en mano, reconoce a su tío paterno, el tío Luisma, al que no ve desde casi dos años. Ya no se deja ver por Fuengirola. Es un personaje que ha quedado olvidado en la memoria de Víctor, al igual que ocurre con sus abuelos por parte de padre. Luisma es un hombre con coronilla de monje, de arrugas bien marcadas en la frente, gestos pudorosos y ademanes algo pedigüenos: “Has estirado un montón, muchacho, ¿cómo crecéis los chicos de ahora!” Víctor murmura algo por lo bajini y sale veloz del bar con la Coca-Cola, dispuesto a no dar conversación. El tío Luisma va a la zaga apretando el paso para ponerse a su altura: “¿Cómo te va la vida, muchacho? ¿Sigues con el deporte?” Víctor se limita a dar largas zancadas con sus ágiles piernas. Al tío le resulta duro seguir a su sobrino, pero insiste: “¿Recuerdas lo de las tierras de Córdoba que dejó el abuelo, lo de la herencia?” “No tengo nada que ver con eso, no quiero saber nada”, contesta el chico, ceñudo, con la vista fija en el pavimento irregular de la calle. “Que sepas que te pertenecen tanto como a mí”, jadea el hombre, cada vez más sofocado con la carrera. “Ol-vi-dad-me. No quiero saber na-da”. Las palabras salen de la boca de Víctor como perdigones, con una voz adolescente que hoy adquiere un tono más áspero de lo habitual. “Víctor, para un segundo y escúchame, por favor, soy tu tío”, implora el hombre. El chico sale corriendo a una velocidad imposible de seguir, y aún se gira un segundo sobre sus talones para gritar desde cierta distancia: “¡No quiero nada de vosotros!”, como si utilizando el plural “vosotros” incluyera al propio tío, a su padre muerto y a todos los antepasados que llevaron el apellido Merino, como esos abuelos paternos con los que tuvo escaso contacto en su infancia. Emprende de nuevo la carrera por la calle Azucena dejando al tío resoplando bajo una farola municipal que acaba de encenderse. Silencio en la calle. Dos vecinas en un portal miran la escena con asombro.

§§§

Ya en casa, el olor a col hervida y tortilla de patata inunda el ambiente. Víctor entra algo ofuscado, tira la mochila en un rincón saludando sin ganas. “¿Qué tal el entrenamiento?”, escucha la voz del abuelo alzarse desde el salón. “Todo bien”, contesta, algo tenso, mientras se lava las manos en el cuarto de baño. Entra a saludarle la pequeña Rosanna, su prima de tan solo quince meses. “Íto, ito, ito”, le reclama la nena tambaleándose con sus torpes andares. “Espeeera, chiquitina, ya termino de secarme las maaaaanos”, y entonces toma a la niña en brazos tal y como suele hacer el tío Paquito, Víctor la balancea de derecha a izquierda, de arriba hacia abajo, y la nena exclama con júbilo un “ah, ah, ah”. El tío Paquito llega en ese momento del taller. Le arrebató a la nenita de las manos: “Mucho le quieres tú a tu primo Víctor, sí, claro, ¿y al papi?” La nena festeja ser el centro de atención de la casa. “Se porta bien, pero comer, más

bien come poco esta cría”, ahora es la abuela quien entra en el salón, basculando sobre sus arqueadas piernas para llevar a la mesa una tortilla de ocho huevos. Víctor se acomoda junto al tío esperando el tema que saldrá a colación durante la cena, el asunto que viene siendo habitual durante las visitas de Paquito. La abuela revuelve un bol de col hervida y empieza a servir los platos. “¿Te han contestado ya de la Dirección General de los Registros?”, la consulta del tío llega entre bocado y bocado. El abuelo guarda silencio durante unos segundos. Víctor no tiene ganas de escuchar la misma conversación de siempre, ni se atreve a comentar tampoco sobre el encuentro fugaz con su tío Luisma hace tan solo un rato. El abuelo, mascando con la vista perdida, parece que está hablando al televisor: “Nada de nada. El expediente, o como se llame, sigue durmiendo el sueño de los justos... ¡y vamos para seis años ya, concho!” Víctor no sabe bien qué significa eso “el sueño de los justos” que alude el abuelo y se encuentra tan extenuado que prefiere meterse un buen trozo de tortilla en la boca para retirarse a su habitación cuanto antes con la excusa del examen del jueves. El tío Paquito pega un sorbo de vino, lo paladea con mirada lobuna y chasquea la lengua: “¡Hay que ver con la burocracia, demonios, mira que es fácil trastocar el orden de unos apellidos, la mar de sencillo, no sé por qué nos dan tantas largas!”

En algunas misivas recibidas, el Ministerio de Justicia se ha referido a “ciertas vicisitudes” y a la “complejidad del proceso”, expresiones que sacan al abuelo de sus casillas porque ese lenguaje administrativo le resulta poco claro y evasivo. “Es el calvario que nos ha tocado vivir”, es una de las frases preferidas de la abuela. Víctor cierra con brío la puerta de su habitación, no quiere oír nada, ha perdido ya la fe y las ganas. Cuando le nombran en clase, y tal como figura en su propio DNI, la fórmula es siempre “Merino Menéndez”: primero del padre y segundo de la madre, como manda la tradición. Los amigos y compañeros más cercanos, al igual que su entrenador, le llaman “Galgo”, ese alias le agrada y con eso se contenta. Desde su habitación, escucha la voz indignada del tío Paquito: “Dan ganas de pagar a un falsificador de documentos y listo”.

En el fondo, le afecta esa cadencia amargada del abuelo, el farfullar de su tío, los silencios resignados y el “calvario” de la abuela. Al rato, el tío Paquito entra en su habitación para despedirse con la nena en brazos: “El miércoles vente a casa a ver la Champions”. Víctor tiene un cuaderno de apuntes abierto encima de la cama, pero está mirando el movimiento rítmico de unas hojas al viento a través de la ventana. No le interesa mucho el fútbol, sinceramente. Si va a casa de Paquito lo hace porque al tío le gusta el Real Madrid, solo por estar con él. Lo suyo siempre ha sido correr, como si las carreras le evadieran y actuaran como bálsamo contra el recuerdo, como si ese ejercicio de piernas fuera el mecanismo mediante el que sus endorfinas se activan para darle más fuerza y seguridad en sí mismo.

Se acerca el día de su cumpleaños, 15 años ya, y la proximidad de la primavera le ha vuelto indolente, pasota y algo flojo. “Ya no vienes por la parroquia desde hace tiempo, ¿te has enfadado por algo?”, esa fue la reacción de Olga, la del grupo de convivencia, esa chica amable y casi perfecta que, además, toca la guitarra y canta para las comuniones. Quizá sea ella la única persona con la que ha llegado a sincerarse un poco todo este tiempo atrás, ha sido casi una

confidente para él. Porque Olga es hija de Rosario, la compañera de su madre en el hospital. A Víctor, madre e hija le han parecido siempre como ángeles enviados desde el cielo, como si su presencia fuera un encargo póstumo de la madre. El problema para Víctor es que ahora, con los conflictos que trae la pubertad, le conmueve y le intimida esa afable Olga, guapa y algo mayor que él, por eso no participa en las actividades parroquiales. “Ahora es distinto, ya no soy un crío”, y se quita la mala conciencia de no acudir a la parroquia como quien espanta una mosca.

También el abuelo parece que ya no esté pisando firme sobre este mundo por momentos, salvo porque regaña y rezonga de lo lindo cuando Víctor saca malas notas y amaga con no hacer el bachillerato. Su salud ha sufrido muchos varapalos en los últimos años. Se le acabaron las mañanas de petanca al abuelo, se acabó eso de bajar a jugar al dominó al bar. Por él siguen preguntado muchos conocidos, continuamente, pero solo guarda fuerzas para el único cometido que se ha marcado desde que su hija apareciese asesinada en el interior de un maletero.

§§§

El 2 de marzo de 2015 era un lunes cualquiera. El padre recogió a Víctor en la academia de pintura. Tenía ocho años, a punto de cumplir nueve. El niño no advirtió ningún comportamiento anómalo en el padre esa tarde, ni siquiera recuerda de qué hablaron entre ellos, aunque sí se fijó en la vena del cuello que se le marcaba mientras conducía, azulada e hinchada a través de su áspera piel. El padre pisó el acelerador hacia el domicilio de los abuelos. Le dejaba allí para la cena - le explicó - pero luego vendría a buscarle cuando terminara de zanjar un “asunto” y recogiera a la madre, que trabajaba de enfermera en el Quirón. Los abuelos se alegraron de tener a su nieto en casa un lunes, una visita inesperada, por eso la abuela se puso a hacer caldo para una sopa de fideos. Una fría llovizna caía sobre el patio de los abuelos cuando el niño fue a buscar al gato, que maullaba perdido y nervioso entre las macetas. Recuerda haber juguetado con el minino mientras la abuela terminaba de preparar la cena: “¿Qué tal el cole?” “Quítate los zapatos, anda, no me vayas a embarrar toda la alfombra”. Dieron las nueve de la noche, los tres cenaron con el telediario a todo volumen y la abuela le sirvió una cuajada con miel para el postre. Eso cree recordar Víctor. A las 22:00 horas, el abuelo miró el reloj de pulsera con cierta incomodidad porque “un crío de ocho años debería estar en la cama ya a esas horas”. Los padres no acudían. La abuela opinaba que, dado que Víctor bizqueaba ya de cansancio y tenía colegio al día siguiente, había que poner sábanas limpias en la habitación pequeña: “No vaya a ser que se retrasen más y el pobre se quede frito”. Víctor se desvistió y concilió el sueño en seguida en la camita que le había preparado la abuela. A las 23:25 horas sonó el teléfono fijo. El abuelo se levantó a coger el auricular y todo lo que sobrevino después fue como un tsunami. La casa entera dio un vuelco. “He matado a Isa y me voy a pegar un tiro”. El padre solo lo anunció una vez y con absoluta convicción.

Luego llegó el fundido en negro para Víctor. La desconexión en su cerebro infantil le hizo olvidar determinados momentos en esos días posteriores, cuando el tío Paquito le llevó al apartamento que tenía justo encima del taller de coches. Esas memorias se disolvieron. El tío

cerró el taller por unos días, entregado al cuidado de Víctor por un tiempo, ya que los abuelos eran dos seres rotos por el dolor. El tío le preparaba la comida, jugaban a la brisca y al parchís a ratos y le ofrecía una versión embustera: un accidente. Porque aún se estaban investigando los hechos, aunque estaban más que claros a esas alturas, y el tío no sabía qué subterfugio inventarse para su sobrino huérfano. También el pobre Paquito estaba en *shock* y se pasaba el día arrastrando los pies y las ojeras, mientras se aproximaba la fecha del cumpleaños de Víctor. Tal onomástica no se llegó a celebrar ese año, o quizás el propio Víctor no recuerda que hubiera tal celebración, sumido como estaba en esa espiral de marzo. Lo cierto es que, llegado el momento y ante la psicóloga de turno, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por recordar, por poner un orden cronológico en esa trama, ya que tendía a pasar por alto algunas escenas como, por ejemplo, cuando el tío le puso la mano en el hombro para comunicarle la noticia: “Desde hoy vivirás con los abuelos, ellos serán ahora tus padres”, y le condujo a esa casa donde reinaba la tristeza. Estaba empezando a echar de menos a su madre de forma dolorosa, era un dolor punzante lo que sentía. El tío Paquito cargó la maleta y los juguetes del sobrino en su automóvil mientras las lágrimas le mojaban la solapa de la camisa como goterones de lluvia: “Estaré siempre ahí contigo, nos veremos a diario, vendré a llevarte al fútbol, estaré siempre por ti, Víctor”.

Después llegó el día en que Víctor tuvo que volver a retomar las clases franqueando la verja del colegio con andares inseguros. Aún no se sentía preparado para esa nueva vida.

Tras el trámite relativamente rápido por obtener la custodia del nieto, los abuelos se lanzaron a una larga batalla por invertir los apellidos, conscientes de que borrar totalmente la huella paterna en los registros iba a ser prácticamente imposible, como les sugirió aquella abogada de Málaga, así que se persuadieron de que, al menos, había que trastocar el orden. *El orden de los factores no altera el producto*. Así lo estudió Víctor recientemente en clase de matemáticas. Pero él, cuando piensa en el empeño constante de sus abuelos, se convence de que ese orden de cosas resulta esencial. ¿Quién querría llevar a cuestras el apellido de un asesino?

§§§

Los abuelos han dispuesto en el patio de la vivienda dos mesas y varias sillas para la fiesta de cumpleaños de Víctor. Las macetas de geranios han desaparecido para ampliar el espacio y un sol tímido empieza a asomarse como el anuncio de una primavera inminente. Hoy vienen algunos amigos y compañeros de clase, por eso la abuela se ha esmerado todo el día en la cocina: dos tortillas grandes, sándwiches variados, canapés y una empanada de carne. A ella, que anda nerviosa todo el día con los preparativos, la comida siempre le parece escasa porque los chicos “están en edad de crecer y son como limas.”

Víctor y su amigo Lince prueban el altavoz conectado al nuevo móvil de Víctor, un dispositivo que aún está configurando porque se lo acaban de regalar los abuelos. Sin ser de los caros, es más que suficiente para un chico de 15 años - sentencia el abuelo - porque, en el fondo, no le hace nada de gracia gastar las *perras* “en chismes que luego sorben el seso a la juventud”.

Al entregarle el flamante teléfono, el abuelo ha levantado la ceja en señal de complicidad, con esa mirada de ‘espera y verás’ que Víctor no ha interpretado como algo bueno, ni tampoco malo, pues su atención está ahora centrada en terminar de descargar una serie de aplicaciones y, sobre todo, la llegada de sus invitados al convite. Aparecen varios compañeros del *insti*, tampoco muchos porque Víctor no ha querido que se corra mucho la voz. Algunos chavales no tienen más remedio que sentarse en el suelo porque las sillas de la casa son insuficientes. Llega entonces el tío Paquito entonando el “no quiero aguaros la fiesta, chicos, que estas fiestas ya sabemos que no son para *viejunos*”. Dice que solo se ha pasado para felicitar al sobrino y llevarle un regalito: unas New Balance nuevas para los entrenamientos. Víctor está contento. En esos momentos está llegando el grupo de la parroquia con Olga al frente, la amable y empática Olga, que hoy se ha traído la guitarra acústica de su hermano mayor. “Solo es un préstamo por tu cumple”, le comenta a Víctor. El clima en la fiesta es de distensión con un fondo musical de Spotify. En determinado momento del cumpleaños, Olga y su grupo parroquial se empeñan en tocar unas canciones pegadizas que versan sobre la fraternidad, la solidaridad y la paz en el mundo y, aunque alguno se atreve a burlarse de ellos por ser tan “moñas”, al final todos terminan tarareando los estribillos a coro. Los abuelos salen al patio, de tanto en tanto, para comprobar si faltan refrescos o patatas fritas para los chicos y luego regresan al salón, a salvo de las risas y del griterío. “Son solo catorce chavales y parecen legión”, sacude la cabeza el abuelo.

“¿Tienes la carta bien guardada?”, pregunta la abuela frotando el hule de la mesa con una bayeta. El abuelo se da dos toques secos en la pechera, en el escondite donde guarda los euros: “A salvo”. “¿Y cuándo se lo piensas decir al chico?”, la mujer se seca las manos en un paño. El abuelo, que hoy se muestra más locuaz y relajado que de costumbre, concede: “Déjale que disfrute de su fiesta, mujer, y mañana nos vamos a comer donde Rogelio, todos, con Paquito, Aurora y la cría, todos juntos ya celebraremos lo nuestro”.

La carta impregnada de esperanza ha llegado esa misma semana. La subdirección General de Nacionalidad y Estado Civil, a la vista de toda la documentación judicial que acreditaba el asesinato de Isa a manos de su marido y los posteriores informes aportados sobre el tratamiento psicológico de Víctor durante años, ha roto su larguísimo silencio y el documento recoge, en un tono administrativo solemne, que la inversión de los apellidos de Víctor ya es prácticamente un hecho. El abuelo nunca quiso que Víctor se tuviera que enzarzar en estas batallas al alcanzar la mayoría de edad, nunca se resignó a que dos apellidos impresos sobre un carné llevaran un orden injusto.

Por eso hoy el abuelo se sirve una buena buena copa de vino y se enciende un puro como excepción a su regla. Y la abuela ni se atreve a reprenderle con el sainete de los “problemillas de salud”. Porque la ocasión así lo merece.